

**Santiago Montenegro**, *El arduo tránsito hacia la modernidad. Historia de la industria textil colombiana durante la primera mitad del siglo xx.* Colección Clío, coedición de: Facultad de Ciencias Humanas y Económicas, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín / Editorial Universidad de Antioquia / CEDE Universidad de los Andes, Medellín, Grupo Editorial Norma, marzo de 2002, 368 páginas.

A pesar del inexplicable retraso en la publicación de un trabajo realizado como tesis de maestría en Economía de la Universidad de los Andes en el año de 1982, veinte años después se publica este trabajo, del cual conocíamos una primera versión resumida publicada en la *Revista Desarrollo y sociedad* (8), de mayo de 1982, cuando a su vez realizábamos en la Universidad de Antioquia otro trabajo sobre la industrialización en Antioquia. Así pues, realizar esta reseña es como echar la película veinte años atrás, pero algunas ventajas tiene la historia y sin duda alguna fue una excelente idea publicar el trabajo de San-

tiago Montenegro, hoy Director del Departamento de Planeación Nacional. No significa esto que los trabajos de historia no tengan su momento oportuno para ser publicados, sino que no pierden tan rápido su vigencia, como los trabajos de coyuntura o que se refieren a la denominada actualidad. Por lo demás, siempre son útiles para la academia y para recrear estos temas que vuelven a aparecer siempre o, por lo general, en los momentos de crisis como el actual. De otra parte, una historia exitosa en nuestra historia económica como lo es la historia textil, no deja de ser un paradigma digno de estudiarse y de

analizarse con el objeto de entender cómo logró salir adelante, en contraste con un entorno político, generalmente adverso para la actividad productiva y el desarrollo económico de nuestro país.

Lo primero que llama la atención del trabajo, es su forma de encuadrar el problema desde una perspectiva netamente económica y obviamente ligada al objetivo de optar por una maestría en economía. No obstante, es muy frecuente entre los economistas que su escritura sea más un diálogo entre ellos que con las otras disciplinas, a excepción de algunos de ellos, como el asesinado y muy especial Jesús Antonio Bejarano, que hizo tanto por la historia y por supuesto por la economía. En resumen, considero que el lenguaje del trabajo es muy poco adecuado para un público que no haya sido introducido a la ciencia económica y no tenga cierta familiaridad con la historia económica. Este es un problema que deberían pensar los economistas —y no solo ellos— cuando escriben para un público más amplio.

Entrando en materia, el libro es una excelente descripción de cómo se realizó el desarrollo de la industria textil en Colombia, y aunque algunas hipótesis que tratan de explicar aspectos particulares del mismo sean y hayan sido tema de discusión entre economistas, entre historiadores y sociólogos, y por lo tan-

to aún hoy sean discutibles y polémicas, están bien formuladas y son sugestivas para proseguir la investigación.

El libro consta de seis capítulos: El primero trata los antecedentes de la producción textil desde la época colonial y sus primeros intentos de industrialización. El segundo trata del surgimiento y expansión de la industria textil y es, a mi modo de ver, el capítulo central y de síntesis del trabajo. El capítulo tercero describe el desarrollo de las principales empresas textiles fundadas en la primera mitad del siglo xx. El capítulo cuarto trabaja el tema de inversión y financiamiento de la industria textil, un tema ya especializado y muy técnico para el no iniciado. El capítulo quinto se ocupa del problema del consumo y producción de algodón, que constituyó el principal insumo de la industria textil, así como la historia del fomento algodonnero en Colombia; por último, el capítulo sexto, dedicado a la fuerza de trabajo en el sector textil, con el que cierra el trabajo.

Aunque la industria textil se centró finalmente en Antioquia y allí estuvo el núcleo principal desde sus orígenes, es un mérito del trabajo realizar una historia nacional tanto de los esfuerzos realizados en otras regiones para impulsar industrias textiles, como también para comparar diferentes modelos de desarrollo y entender también por qué

a mediano plazo se impusieron o dominaron las industrias antioqueñas en el mercado nacional y por qué otras fracasaron, a pesar de que en un momento dado fueron más grandes que las antioqueñas, como fue el caso de Textiles Obregón en la ciudad de Barranquilla. Adicionalmente, la materia prima, el algodón, logró cultivarse con éxito en regiones diferentes a la antioqueña y este desfase —y desarrollo a su vez de un cultivo en gran escala— también tuvo que ver con una historia que va más allá del ámbito regional, pues abarca la costa Atlántica, Boyacá, los santanderes y el Tolima, entre los principales, pero también, aunque en menor grado, Antioquia y Cundinamarca.

Merece destacarse en esta reseña el comentario de Montenegro en el prólogo del libro, al referirse al importante trabajo realizado por Juan José Echavarría (1999), al analizar la crisis de 1930 y sus efectos en la industria manufacturera y explicar el desarrollo industrial, con base en modelos económicos —y yo precisaría econométricos— en relación con la tensión que según Echavarría se genera entre el “economista” y el “historiador” en la explicación de los hechos históricos: “La tensión entre la elegancia formal del modelo económico y el discurso abierto del historiador puede conducir a una interpretación diferente de un mismo hecho” (Prólogo, p. xxii). Aunque sería útil cono-

cer qué entiende este autor por “discurso abierto” de parte del historiador, es claro que el economista trabaja por lo general con un número restringido de variables y privilegia aquellas que se pueden cuantificar y “modelizar”, dejando lo demás como “cualitativo”, no teniéndolo en cuenta simplemente, o tratándolo como anécdotas o como cosas que decía la gente de la época, aunque con su “sesgo”, como se puede ilustrar en el trabajo reseñado de Montenegro. En cambio el historiador tiene en cuenta otros factores y, además de los factores económicos, debe mirar y analizar la política, la sociedad, las mentalidades, los conflictos entre grupos o clases, las organizaciones, el papel de la iglesia, la cultura de cada época..., en este sentido sí es un discurso más abierto, pero también más complejo, pues involucra un mayor número de variables o de factores y además se preocupa por la “larga duración”, los tiempos largos y no privilegia el tiempo corto, los ciclos de corta duración, las coyunturas, los acontecimientos, en donde se mueve el economista como pez en el agua. De otra parte, el historiador, a pesar de su apertura, debe tener un rigor y una necesidad de someter a “prueba” sus hipótesis y explicaciones, mediante la prueba “ácida” de los hechos. Por esta razón, los archivos y otras fuentes (“testigos” de otras épocas) de otro tipo, inclusive “sesgadas” (¿cuál fuente es “pura”?

¿acaso las estadísticas o matemáticas lo son?) constituyen su "laboratorio" preferido.

Tal vez se podría pensar que es necesario un diálogo entre las disciplinas, y el economista debería seguir más de cerca ciertos desarrollos de la historiografía reciente; lo mismo podrían decirle ellos al historiador, pero la tendencia de esta disciplina debido principalmente a la econometría, la ha ido alejando de las disciplinas sociales ya que el instrumental matemático utilizado constituye una verdadera "barrera a la entrada" de aquellos que no tienen una formación matemática apropiada. Se supone que la economía está inmersa en una sociedad, en una cultura y en una época, pero a menudo los "modelos" olvidan o no tienen en cuenta estos factores, pero esto es otro debate

De esta manera, el rigor de la disciplina económica puede también ayudar a otras disciplinas menos formalizadas, a no olvidar que cierta dosis sana de "positivismo", en el sentido de someter a prueba nuestras hipótesis, es necesaria, así la "prueba" sea cualitativa, indirecta o parcial. De lo contrario, estaremos en el campo de la mera especulación o de la descripción puntillosa sin objetivos o, finalmente, caeremos en la trampa de los archivos o en el "fetichismo" del archivo, que consiste en creer que sólo entrando allí y "rebuscando", se encuentran

todos los "tesoros escondidos", como si no fuera necesario interrogarlos, diseñar la lógica de la prueba, así como definir un problema y unas hipótesis de investigación.

Enseguida me limitaré a realizar algunos comentarios al trabajo de Montenegro, desde una perspectiva histórica. En primer lugar, coincido plenamente con Montenegro, en su tesis de que la historia textil —y no sólo la textil— no se puede explicar por la coyuntura de la crisis internacional de la economía en los años treinta y que el proceso venía desde más atrás. En este punto su trabajo y el mío realizados por la misma época coinciden y considero que las "pruebas" se complementan. Este sería un buen ejemplo que posibilitaría un diálogo futuro entre dos perspectivas, que llegaron a un resultado o conclusión por diversas vías y trabajando de manera independiente.

En segundo lugar, la relación tan directa entre desarrollo del cultivo, beneficio y exportación del café e industrialización, si bien tuvo en el mediano plazo una importancia considerable y fácil de constatar, no explica la génesis temprana de la industria textil, ni de otro tipo. El mismo trabajo de Montenegro, recuerda como aún en 1907 existían serias dudas acerca del futuro del café y el mismo Presidente Rafael Reyes proponía desarrollar otros cultivos alternos, en particular el al-

godón, que servía de materia prima a las fábricas textiles y se podía exportar. A su vez la región antioqueña, si bien llegaría a ser el principal foco cafetero del país, junto con el gran Caldas, desarrolló este cultivo de manera más tardía que el resto de regiones cafeteras que se inician por los santanderes y van descendiendo a Cundinamarca y por último a Antioquia y el Viejo Caldas.

Cuando se analiza el origen de los fundadores de las principales industrias, en este caso las textiles, el papel del café no parece tan importante como se había creído anteriormente. En síntesis, pues no tenemos tiempo para desarrollar en detalle esta argumentación, si bien el proceso de industrialización y el desarrollo cafetero en un momento dado convergieron —y esto fue muy importante para el desarrollo y crecimiento de la industria a nivel macro económico—, sus lógicas corrieron al principio separadas y la génesis de la industria no guarda una línea de causalidad con el café. Si este cultivo después se volvió fundamental para la economía colombiana, no se veía así a principios de siglo y en realidad, difícilmente podía justificar el riesgo de invertir en un sector industrial moderno. Retrospectivamente y cuando ya conocemos el resultado, parece fácil decirlo, el café y su desarrollo possibilitaban el despeque industrial, pero esto no quiere decir que la historia se desarrolla-

ra de esta forma. Así por ejemplo, como lo afirma de manera irónica el economista Paul Krugman, es muy fácil una vez ocurrida la crisis de los años treinta, decir todo lo que se ha debido o no hacer, lo difícil es decirlo cuando está ocurriendo y en este sentido, como lo afirma el mismo autor, los economistas son expertos en recetas una vez ocurren los fenómenos, pero ¿quién fue capaz de predecir las crisis financieras recientes ocurridas en el mundo?

En cambio el papel del comercio, y más precisamente el comercio de telas, sí se encuentra en el origen de las casas comerciales que fundaron las principales industrias textiles en Antioquia. De otra parte, numerosos trabajos, incluido el de Montenegro, señalan cómo los textiles elaborados constituyeron el principal rubro de importaciones en el país durante el siglo XIX y antes de que el café entrara en escena.

Así, su comercialización ya estaba asegurada por los comerciantes mayoristas con sus almacenes de vieja data, y bien se trató en este caso de un proceso de sustitución de importaciones. Pienso que esta pista es más importante para entender cuál fue el motivo principal que llevó a estos comerciantes a convertirse en industriales. De otra manera no se entendería que, desde antes de terminar la Guerra de los Mil Días, ya Pedro Nel Ospina y Evaristo Obregón pensaran en lo

mismo desde el exterior y muy influenciados por el modelo que se instauraba en el México de Porfirio Díaz. Es probable que por esta marca de origen, estos empresarios con mentalidad comercial no se preocuparan luego de exportar en volúmenes importantes, como constata y reitera Montenegro, no buscaran expandirse al comercio mundial. Buscaron capturar el mercado interno relativamente estrecho y lucharon hasta monopolizarlo. La idea de sustituir las principales importaciones en América Latina, que dio lugar a esta vía para la industrialización, la convirtió en sinónimo de industrialización y allí residió en parte el problema; la mentalidad de estas burguesías se redujo al marco nacional, tal vez reforzada en Colombia por aquello del “Tibet latinoamericano” y la mentalidad cordillerana o andina que ha prevalecido en nuestro medio, y más aún en el industrial.

En tercer lugar, si bien el crecimiento de las industrias textiles se realizó según Montenegro gracias a la reinversión de utilidades y a la emisión de acciones, no explica bien cómo una empresa de una talla determinada logra por ejemplo absorber a otra de similar tamaño. No es claro, por ejemplo, cómo Coltejer absorbe a Rosellón en los años cuarenta y Fabricato a la Fábrica de Tejidos de Bello. Yo pienso, que allí hubo factores distintos que explicarían por qué una familia como la

Echavarría logró quedarse con la mayoría de la torta, pero no creo que la explicación sea por la emisión de acciones, pues Rosellón también se flotantizó; ni por la inversión de utilidades, pues la diferencia entre las dos no podía ser tan grande. Este es un punto que queda para el debate y que ya se lo había planteado hace años al trabajo de Montenegro, en mi obra acerca de la industrialización en Antioquia.<sup>1</sup>

De otro lado, no comparto la idea de que la concentración de capital en el sector textil fuera un fenómeno tardío, y puede ser que aquí cuente la formación del economista para quien por el hecho de realizarse a finales de la década de 1930 y durante la segunda guerra mundial, le parece mucho tiempo. Pienso que desde el punto de vista de la historia económica y sobre todo después de constatar el buen número de firmas textiles que operaron en Antioquia y en el resto del país, firmas modernas y en manos de empresarios con capitales considerables para la época, más bien sorprende cómo desaparecieron en relativamente poco tiempo, y tan sólo tres llegaron a controlar en 1945 la producción de tejidos de algodón. Pero sin duda, este punto es menos impor-

1. Véase: Fernando Botero, *La industrialización en Antioquia. Génesis y consolidación. 1900-1930*, cap. 5: “Algunas anotaciones sobre la concentración industrial”, Medellín, Editorial Hombre Nuevo, 2003.

tante que explicar cómo lo lograron los Echavarría por ejemplo, pues Rosellón, por su parte, ya había absorbido a otras menores. Una hipótesis que yo sugiero, consiste en afirmar que los capitales que había detrás de estas casas comerciales fueron más poderosos y alimentaron con el comercio los fondos para absorber a las rivales, aun en el caso de que éstas fueron de una talla similar. Algunos ejemplos se pueden ver por el crecimiento de las empresas vía capitalización de los socios, y éstas fueron consignadas en las escrituras disponibles en las notarías y que claramente muestran cómo en ocasiones los socios estaban en capacidad de inyectar importantes sumas de dinero, que no provenían de utilidades ni de apertura a otros socios. Pero el punto queda abierto y falta más investigación al respecto.

En cuarto lugar, considero muy bien logrado e interesante el capítulo acerca del consumo y de la producción de algodón que se remonta al siglo XIX y tiene una evolución bastante tortuosa pero finalmente exitosa y eficaz, al menos hasta lograr en la década de los cincuenta abastecer la demanda de las fábricas textiles, sustituir en buena parte la fibra importada e incluso exportar. Aunque el autor lo señala y lo describe muy bien, en mi opinión minimiza la importancia que tuvieron las medidas tomadas desde el Estado para el fomento de la pro-

ducción algodonera, la regulación interna de los precios y el arbitraje de intereses siempre presente entre los productores de textiles y los productores de algodón, entre la apertura a las importaciones y la protección a la producción nacional. Obviamente estos factores requieren, como el autor lo señala, de otras condiciones ligadas a los mercados externos y a las condiciones generales para su producción en el país; pero considero que se debería subrayar más el papel positivo que jugó la intervención del Estado y cómo no siempre es mala su acción, sino por el contrario necesaria en ciertas condiciones, inclusive hoy. El caso de la agricultura es patético y este sector es uno de los más protegidos y regulados por el Estado en los países desarrollados en donde la seguridad alimentaria es estratégica, aparte de las consideraciones económicas. En esta dirección la Cepal, citada por Montenegro, se muestra más favorable y sorprendida por las medidas: "Esto es muy interesante, ya que rara vez una política encaminada a fomentar la producción doméstica de un bien agrícola logra tan completo éxito" (p. 215).

El capítulo seis, acerca de la fuerza de trabajo en el sector textil, es tal vez el que incluye de manera más notoria algunas fuentes bibliográficas más recientes y algunas consideraciones, aparentemente menos económicas pero de gran relevan-

cia, y esto sin duda enriqueció el trabajo. La activa intervención de la iglesia en el control del tiempo libre de las obreras, su papel en las organizaciones sindicales, sus campañas contra el comunismo y por la moralidad en las fábricas, el uso de rituales y prácticas religiosas como los retiros espirituales para apaciguar los ánimos en ciertos momentos y el hecho de que se combinara en el caso antioqueño unos empresarios conservadores en alianza con la iglesia, desde finales del siglo XIX y durante los primeros treinta años del siglo XX, son temas que sin duda tienen que ver con el modelo económico, político y social utilizado, y

sin duda un acierto de Montenegro el haberlos tenido en cuenta.

Finalmente, considero necesario celebrar su publicación e invitar a la lectura del texto a los historiadores, sociólogos, antropólogos, politólogos y otros académicos interesados en estos temas, así no entiendan en toda su profundidad algunos de sus aspectos.

### **Fernando Botero Herrera**

Profesor Titular de la Escuela de Historia, Facultad de Ciencias Humanas y Económicas, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín.